

**EL SILENCIO PARLANTE.
CAVILACIONES SOBRE EL LUGAR DE LA NADA EN LA
FILOSOFÍA, EL ARTE Y LA CIENCIA.**

Héctor Sevilla Godínez

Universidad de Guadalajara

Resumen

El objetivo de las siguientes líneas es mostrar el lugar que ha ocupado la nada, a través de sus analogías, en el mundo de las ciencias y el arte. Entre otras cosas, la intención que sostiene el presente estudio es señalar que el conocimiento no está únicamente centrado en lo tangible o en las cosas que son, sino que requiere, al igual que el arte, de la noción de una realidad no centrada en el ser. La nada es, por tanto, como contenedor de posibilidades infinitas, la fuente de la materialización de los hallazgos científicos y las obras de arte. Se abordarán algunos hallazgos históricos del estudio de la nada en la filosofía griega, la ciencia, el arte y el silencio.

Palabras Clave: Nada, Ciencia, Arte, Silencio, Vacuidad

Abstract

The objective of the following lines will be centered on demonstrating the place that nothingness has occupied, through its analogies, in the world of science and art. Among other things, the intention held by this study is to point out that knowledge is not only centered on the tangible or on things that are; rather, that it requires, just like art, the notion of a reality not centered on the being. Nothingness is, therefore, as a container of infinite possibilities, the source of the materialization of scientific findings and works of art. Some historical findings of nothingness in Greek philosophy, science, art and silence will be boarded.

Key words: Nothingness, Science, Art, Silence, Emptiness

1. La nada de la que hablamos

¿La Nada... es nada? Ésta es la pregunta que da inicio a todo lo que se ha generado en este texto. Si la Nada no es algo, ¿cómo podemos concebirla? Si la Nada no es nada, ¿cómo podemos referirla? Si la Nada es algo, ¿para qué hablar de ella o de ello? Principalmente, para hacer notar eso mismo: que la Nada es, que debido a que es podemos ser y que debido a que somos la concebimos, al menos desde los parámetros en que los humanos entendemos.

Pareciera que la Nada hubiese sido un concepto que fue superado en la Edad Media, pero no es así. La Nada ha sido ocultada, maquillada, temida, escondida o negada a lo largo de la historia del pensamiento humano y es por ello que corresponde cavilar sobre su lugar en la filosofía, el arte y la ciencia. Cabe ubicar la distinción entre la “Nada”, la cual alude a la contraparte constitutiva del Ser, y la “nada”, que representa el vínculo de la Nada con el humano mediante la negación, vacío o ausencia, propio del ámbito concreto y específico, asociado a los entes. Por ello, contemplar la Nada es posible únicamente en función de la nada que corresponde a lo humano, a través de la cual se intuye la primera en una lógica holográfica inversa. En ese sentido, se asume que la contemplación de la Nada (a través de la nada) es un camino alternativo de comprensión del ser.

La Nada que se manifiesta en la nada constituye la plataforma propicia para las potencias, para los inicios, para los nacimientos de las nuevas ideas, de la creatividad. La Nada se hace presente en la nada mediante distintas analogías como el cero, la ausencia o el silencio; a la vez, faculta el espacio, el cambio y el movimiento, las modificaciones sustanciales, las pérdidas o los sinsentidos. La consideración de la nada implica una nueva perspectiva, alejada de las modeladas por la subjetividad humana, por los intereses religiosos o por los miedos temáticos; la nada ha ocupado roles que le hemos construido para no dejar que otros la vean. Esto ha hecho que se la entienda contraria al ser, como contraparte de lo más laudable y digno en el ser humano; se ha creído que sustrae cualquier motivo para seguir viviendo, cuando a través de ella podemos tener la opción de aprender sobre el mundo.

La Nada, como una nada específica, se puede abordar desde distintos campos del conocimiento; ha sido una cuestión persistente y generadora de fascinación desde los distintos planteamientos del saber humano. Desde Heráclito, los filósofos han intentado comprenderla; desde Sófocles los literatos han intentado describirla; desde los atomistas, los matemáticos han intentado descifrarla, así como lo hicieron los mayas con el número cero y su personificación; desde San Agustín, a inicios de la Edad Media, se le

ha tratado de negar para reivindicar la divinidad, pero otros teólogos, como Eckhart, la han unificado con la Deidad. Los astrónomos han tratado de localizar la nada más allá del mundo y desde los estoicos se le entendió trascendiendo al universo; los científicos llenaron de éter lo que podría ser la nada, hasta llegar a la física cuántica que la concibe en dialéctica con el ser.

Por ello, la nada no sólo ha estado en las distintas disciplinas del saber, sino que está implicada y relacionada con las preguntas más fundamentales que el hombre pueda hacerse. En cuestiones como la vida y la muerte, la existencia o no de los valores, la existencia o no del conocimiento, el planteamiento sobre la verdad o la mentira, sobre el ser o el no-ser, sobre el cambio, el movimiento, el espacio, la materia o el vacío, la nada siempre está presente. Así pues, ¿cómo algo que está siempre presente puede ser excluido de nuestra percepción? ¿Cómo pretender que la Nada, que permite lo que es, no sea?

En el pensamiento occidental no se ha dado la suficiente importancia a las cuestiones sobre la Nada, tal como sí sucede en Oriente, del cual sólo se hace esta mención, puesto que sus abordajes requieren otro espacio mayor. El pensamiento lógico, el cientificismo y otras concepciones filosóficas han impedido que fructifique la vinculación de la nada con la vida humana ordinaria. Hemos excluido a la nada del pensamiento occidental y nos hemos perdido de buena parte del Todo. La preponderancia y dominio que se ha dado a una ontología del ser ha gestado los esquemas de pensamiento y de interpretación desde los cuales hemos concebido al mundo de manera miope y particularmente rudimentaria. Es oportuno despertar a la nada y considerarle en su sentido mayor, no como una negación del ser sino como su possibilitación, su propiciación y su sentido.

Emprender el camino a la comprensión de la nada aporta una potencial transdisciplinariedad, una actitud holística que permita entenderla desde cualquier perspectiva que se reconozca abierta y honesta en el camino del descubrimiento y la revelación. Hablar de la nada implica incursionar en cada cosa. La nada no sólo está presente en los más cruciales temas de la actualidad, sino en la consideración del origen mismo del Universo, de la vida, de lo humano y de todos los cambios reales, tangibles o abstractos.

Por medio del ser nos adentramos en la nada, contemplarla es ver más allá de lo que nuestros ojos y nuestro entendimiento perciben, es acariciar aquello que, a pesar de ser incognoscible, se puede intuir de formas metafenoménicas. Cabe, por tanto, ubicar

algunas de las concepciones centrales en torno a la nada, tanto en la filosofía, como en el arte y la ciencia.

2. Concepciones de la nada en la filosofía griega

En la cultura griega se negó la posibilidad de la nada en casi todas las formas posibles y, si bien algunos autores se refirieron a ella con un poco de osadía y tragedia, no la nombraban directamente por su nombre.

Desde su comienzo en el siglo VI a. C., la filosofía griega desechó el concepto de la nada y estuvo aún más lejana de vislumbrar una especie de Nada absoluta. Con Tales, y su escuela en Mileto, inició la exclusión del concepto de la nada al enseñar que nunca algo puede emanar de ella ni desaparecer en ella. Además, Tales “utilizó esta idea para negar la posibilidad de que el Universo pudiera haber partido de la Nada, una idea difícil de captar y a la que nos hemos habituado en Occidente debido a dos milenios de tradición religiosa”¹.

Probablemente, una de las referencias más antiguas –aunque indirectas– sobre la nada, se encuentra en el *no-ser* que propone Gorgias. Este filósofo, “podría ser considerado el primer nihilista de la historia occidental”², puesto que afirmó que “nada es, pero si es, es incognoscible, y si es y es cognoscible, no es manifestable a los demás”³. Gorgias se ubica en la tradición eleática en la que, a partir de Parménides, se cuestiona si el pensamiento es capaz de garantizar por sí mismo la realidad de lo pensado. Naturalmente, la conclusión de Gorgias es que no existe tal garantía y que si algo puede ser pensado entonces no es un ser sino un no-ser, pues la idea de lo pensado nunca es lo pensado en sí.

En la tragedia griega existen vastas referencias a la cuestión de la nada. Un ejemplo está en la obra de Sófocles titulada *Edipo en Colono*, escrita entre el año 406 y el 405 a. C., en la cual, mediante un protagonista cargado de todos los horrores y todas las desventuras, Sófocles expresa la total e inexorable infelicidad humana, de sí mismo y de todos los hombres, del siguiente modo: “El no haber nacido triunfa sobre cualquier razón. Pero ya que se ha venido a la luz lo que en segundo lugar es mejor, con mucho, es volver cuanto antes allí de donde se viene”⁴.

Está claro que Sófocles no menciona a la nada, pero al mismo tiempo puede intuirse que una idea de tal está presente en su escrito. Los griegos suponían que pensar la nada no era algo digno de las más estudiadas o reconocidas mentes. Sin embargo, a pesar de la

plena idolatría al ser, la nada siempre estuvo presente de manera metafórica; sólo así puede entenderse la referencia de Sófocles a aquello de lo cual se proviene y a lo cual se va al morir.

Por otro lado, en *El sofista*, Platón plantea el problema del ser y el no-ser, reconociendo la existencia de este último como una sombra insustituible del ser, con lo cual rompe con la sofística y propone la dialéctica. El punto central de la discusión en la obra platónica consiste en una afirmación contraria a la idea de que “todo es”, lo cual había defendido Parménides. Debido a que nombramos las cosas y que éstas son, en sí mismas, diferentes del nombre, entonces el nombre no es la cosa y con ello se rompe el esquema de que sólo es lo que es; por ende, puede asumirse que lo que no es también *es* de alguna manera, aunque siempre en relación con lo que es; del mismo modo, lo que es está vinculado al no-ser. A partir de este esquema, Platón desarrolló a profundidad la idea de las representaciones y la noción de que el mundo es de sombras, es decir, que cualquier aspecto que percibimos lo captamos imperfectamente. Un segundo argumento platónico para destruir la afirmación de Parménides, fue la existencia del movimiento y el cambio; si todo es lo mismo, ninguno de los dos sería posible. Del mismo modo, lo falso también tiene una esencia, puesto que “lo falso *es* en tanto no-ser que participa del ser; no es cierto que lo falso no pueda pensarse ni decirse ya que es, en el pensamiento, lo otro de aquello que el pensamiento piensa según verdad”⁵. Lo anterior supone que en todo lo que es está presente la nada (en su manera de no-ser), incluso como condición del ser mismo.

Aún más radicales en la comprensión de la negación de la nada son las enseñanzas de Platón sobre la imperfección de este mundo. Para él, todo lo que vemos son manifestaciones anómalas de un conjunto de formas ideales perfectas, indestructibles, eternas y fuera de este mundo. Así, incluso eliminando todo lo existente, tales formas ideales aún seguirían existiendo. Por ello, si tuviéramos que suponer que la nada es una de esas formas perfectas, entonces no podría tener una manifestación imperfecta en la Tierra; si fuese imperfecta, la nada no sería la nada debido a que contendría una categoría propia de las cosas que son. De ahí que para Platón, y muchos otros, la misma idea de la nada era inconcebible. Esto explica que “la tradición griega se mantenía sobre la creencia de que siempre había algo originalmente a partir de lo que se había moldeado el mundo. De esta forma evitaba tener que luchar con el concepto de [la] nada y con todos los problemas filosóficos que contemplaba”.⁶

Leucipo, al igual que el resto de los atomistas, consideraba que toda la materia estaba compuesta de átomos, partículas indivisibles que no cambiaban más que de posición

pero no en sí mismas. A mediados del siglo V a. e. c., Leucipo instruyó a su alumno Demócrito sobre la posibilidad de que existiese un espacio vacío en el que los átomos pudieran desplazarse, pues si todo está compuesto de átomos y los átomos se mueven, ¿no era lógico pensar que lo único en donde no estuvieran esos átomos fuera un espacio hueco que les permitía su movimiento? El mismo Leucipo afirma, tal como cita Sambursky, que “a menos que exista un vacío con un ser propio independiente, ‘lo que es’ no puede ser movido, ni tampoco puede ser ‘muchos’, puesto que no hay nada para mantener las cosas separadas”⁷.

No sólo los atomistas tuvieron esta consideración a la nada. Dos siglos después, los estoicos, en la zona norte de Atenas, consideraron que todo el Universo se encontraba encima de un espacio vacío infinito, el gran más allá. Por tanto, el mundo era finito y menor, inferior a la nada que lo contenía. Lo sorprendente es que ni las ideas de los atomistas ni las de los estoicos produjeron un impacto saludable en Occidente. Lo anterior se debe a que la tradición escolástica heredó de Aristóteles las ideas primarias para articular todo un credo religioso centrado en el Ser, dejando a la nada en el olvido. Es por ello que “la imagen aristotélica de la Naturaleza fue extraordinariamente influyente y sus ideas de vacío modelaron la opinión de consenso sobre el tema hasta el Renacimiento”⁸.

Resulta fundamental entender que para los griegos, aun para los filósofos, era complejo aceptar algo que estuviera fuera de forma en su propia cultura. Cabe tomar en cuenta que:

La filosofía y psicología griegas no podían encontrar ningún lugar en su Universo indivisible del Ser para el tipo de hueco que requeriría la realidad de la Nada. Y, por eso, simplemente, no podía ser. No se podía hacer algo de la Nada. Aristóteles definía el vacío como un lugar donde no podía haber ningún cuerpo. Este paso le hubiera permitido emprender muchas exploraciones filosóficas diferentes, trasladándose al Este para contemplar las nociones de no-ser y de nada tan queridas de los pensadores indios. En lugar de esto concluyó que el vacío no podía existir. Todo lugar está ocupado por cosas eternas. No puede haber estado de vaciedad perfecta, privado de ser⁹.

En los diversos abordajes filosóficos es común encontrar algunas temáticas asociadas al vacío. De hecho, el ejercicio de revisión y profundización filosófica se funda en el silencio requerido para la creación y el análisis; igualmente, la duda, entendida como el sostén de la deconstrucción de lo edificado, está anclada en la confianza ante el vacío, aquel que

emerge tras el ejercicio de despojarse de conclusiones prefabricadas o preconcebidas. Pitágoras consideraba que el silencio es la primera piedra del templo de la filosofía. En el arriesgado ejercicio de pensamiento que supone la filosofía, el osado investigador debe confiar en su agitado espíritu para culminar su faena y encontrar la raíz rota de sus propias elaboraciones. Contrario a la postura de escape que el optimismo ofrece, el vacío permite considerar el límite del tiempo, de la vida, de lo que es y no es. El problema del Ser, a cuya contienda no se negó Parménides o Gorgias, fue también familiar a Aristóteles. Del mismo modo, estuvo presente de forma singular en la cosmovisión de la cultura maya y fue muy significativa en la escolástica con la anuencia de varios de los principales pensadores medievales. Hegel aseguró que quien pretenda ser filósofo y no esté dispuesto a introducirse en los problemas que la comprensión de la nada supone habría errado en su tarea. La filosofía debe incluir elementos metafísicos o no lo es, según dictó Eugenio Trías, filósofo español. El vacío es un amigo de la duda y la duda es cercana a la inconformidad, la cual nace del criticismo que es cuna de la emergencia de mejores posibilidades.

3. La nada y su lugar en el mundo del arte

Con Plotino inició un periodo en que el concepto de la nada fue mayormente considerado, el cual abarca desde el neoplatonismo, continúa con Eckhart y prosigue hasta el fin de la escolástica. El filósofo nativo de la ciudad egipcia de Nicópolis, conocido principalmente por sus *Enéadas*, dio un toque peculiar a la consideración de la nada relacionándola con el arte y consideró que estaba asociada con lo más profundo hacia lo que el hombre puede aspirar. La cosmología de Plotino “alcanza un irreductible valor estético cuyo desarrollo lleva no sólo a reconocer que el nexo verdad-libertad está fundado sobre la nada, sino que anima a pensar esta fundación en el seno del arte”¹⁰.

Si a lo Uno se le ve como nada, implicará un modo alterno de ser, de modo que, más que un acto creativo, faculta el ser mismo. Lo Uno propicia indirectamente la creación y su actividad es libre puesto que “su acto no apunta a una determinada cosa, sino que es idéntico a sí mismo, no una dualidad, pues, sino una unidad”¹¹. Nada precede a lo Uno, a nada está vinculado y en ningún sentido es contingente, por lo que puede decirse que, en cierto modo, el Uno es una especie de absoluto.

Posteriormente, a partir de Agustín de Hipona, pasando por Buenaventura y llegando hasta Tomás de Aquino, el tema de la nada fue eludido porque prefirieron centrarse en el ser infinito que denominaron Dios. El tema central fue el Ser absoluto, relegando al

no-ser y, más aún, a la nada. Aunque a la nada se la ha relegado al olvido en algunas culturas y en algunas épocas concretas, en realidad no puede ser negada por completo; los testimonios de la naturaleza en general, así como los de filósofos, poetas y artistas son demasiado evidentes como para no ser vistos.

En el arte islámico, de manera contraria al interés por pautas de vida con las cuales negar cualquier vacío, los musulmanes celebran la nada como una vaciedad que debe ser llenada; no la entienden como un peligro, sino como una oportunidad. Ernst Gombrich, el gran historiador de arte, bautizó este impulso como *horror vacui* y detalló su influencia en la decoración. En el pensamiento medieval y durante la primera parte del Renacimiento, la nada era vista como la antítesis de Dios o como el estado de olvido al que eran arrojados los adversarios y enemigos de Dios. En ese sentido, aceptar “una única creación divina de todo a partir de la nada, era un dogma básico de fe”¹², y lo contrario de eso no era permitido. Por ello, Agustín de Hipona afirmó que la Nada, al ser lo que estaba antes de la obra divina, era contraria a Dios. Es probable que el monje de Hipona no se diera cuenta de que con eso daba mayor importancia a la Nada que a Dios. Al ser cuestionado en ese sentido, propuso que el tiempo fue creado en el mismo instante que Dios creó el Universo y que, por tanto, no había un tiempo antes de lo creado. Lo anterior es una prestidigitación bastante creativa, pero queda una objeción: si el tiempo se inició con la creación, entonces ésta empezó junto al tiempo; ahora bien, si toda creación implica un estado antecedente de no-creación, entonces no podría sostenerse la idea de tal creación sin la existencia de un pasado (en el tiempo) desde el cual se hubiese podido crear lo que en el presente existiese.

Más adelante, Tomás de Aquino se encargó de radicalizar la negación aristotélica de la nada y la entendió como aquello que había sido aniquilado con la acción de Dios. El Aquinate creía también que “si nada absolutamente existía en el pasado, entonces nada podría existir ahora”¹³; tal afirmación conlleva la obligatoriedad de un Creador. Sin embargo, aunque pudo ser necesaria una energía inicial que propició el movimiento de la nada al ser (o a un modo de ser distinto) esto no garantiza la existencia de una voluntad omnipotente y creadora.

Es claro que con las interpretaciones medievales de Aristóteles y la influencia del cristianismo imperialista se creó un desatinado cúmulo de ideas cuya consistencia filosófica fue reducida a un acto de fe. Es así que “como resultado del rechazo por parte de Aristóteles de la idea de que podía existir un vacío separado, sobre la base de que era

lógicamente incoherente, durante la Alta Edad Media se creía casi universalmente que la Naturaleza aborrecía la creación o persistencia de cualquier estado vacío”¹⁴.

Esto incluía, por supuesto, la idea sobre la nada que, por ende, fue negada durante cientos de años, dejando espacio para dar cabida a la idea de Dios. Aún más, Ribas advierte que fue en Occidente donde se inició el movimiento de rechazo a la nada; concretamente, comenta que “el gran foco en que se articula la gran corriente del antivacuismo dominante es la tradición del pensamiento occidental. Durante muchos siglos, la opinión de Aristóteles conforma el *corpus* del saber escolástico, aquel que deberá ser rechazado y sometido para alumbrar la Revolución científica moderna”¹⁵.

A pesar del olvido hacia la nada en el mundo académico, los poetas usualmente han hecho de ella un tema recurrente. Por ejemplo, la intuimos con claridad en el siguiente poema de Dyer: “Nada fue primero y será lo último, pues Nada se mantiene para siempre. Y nada ha escapado a la muerte de modo que no puede ser el viviente más duradero [...]. Nada puede vivir cuando el mundo ha desaparecido, pues todo llegará a Nada”¹⁶.

Del mismo modo podríamos decir que nada es más alto que Dios. Y por ello *algo* lo es. La vacuidad no es la negación del ser pues está en relación con el ser como negación de su presencia; por tanto, el vacío es un vacío de algo, un algo que podría haber estado antes, una ausencia. El vacío es el espacio físico no ocupado por un ser específico, pero no la negación del ser. No siempre se logra asimilar de este modo al vacío; un testimonio de tal desinterés es claro en el cristianismo, que, bajo ciertas perspectivas panteístas, negó la posibilidad del vacío al afirmar que Dios está en todo lugar, olvidando que con tal noción intentaban de llenar un vacío particular.

Asimismo, hay varias nociones sobre la nada en las obras de William Shakespeare, de entre las que destaca la siguiente cita de *Macbeth* en el acto V, escena 5: “La vida es una historia contada por un idiota, llena de ruido y furia, que nada significa”. En el ámbito de la creación artística, el vacío se presenta como la condición sin la cual no es posible expresar aquello a lo que nos conduce la sensibilidad. El artista que realiza su obra poniendo en primer plano al vacío está al servicio del mismo y desde su propia condición de ausencia se conduce a la expresión. Bergson consideró que para que exista el vacío, como principio iniciador del arte, es necesario que exista el recuerdo de lo lleno o, al menos, la expectativa de tal. En ese sentido, el vacío es un impulsor de la creación cuando el artista advierte la desconexión entre lo que está a su alrededor y su propia expectativa; en ese momento se origina en él la necesidad de generar el mundo que no encuentra ahí afuera.

El vacío, entonces, puede entenderse como un espacio mental y representacional al que no es posible plasmar con precisión pero que impulsa a todo lo plasmado. El vacío no es propiamente un elemento a destacar ni un código que deba ser representado, sino que es, propiamente dicho, el facilitador de la obra. En lo que respecta a la literatura, el vacío está presente al inicio y en cada una de las fases creativas; el espacio en blanco de la hoja representa el punto de partida. La distancia entre las letras y las palabras, así como los huecos al final de un punto, suponen una pausa que, en sí misma, forma parte y otorga sentido a toda la obra. El silencio requerido para la expresión representa un baluarte definitivo en la elaboración artística. Un escritor auténtico no escribe para vivir, pero sí vive para escribir. Pensar y no escribir lo que se piensa resulta equivalente a amar y no demostrarlo.

La conciencia del final, o advertir lo ineludible de la propia muerte, es un impulso para la creación. En el ámbito de la danza, todo bailarín sabe que en su movimiento requiere de un espacio desde el cual su ritmo corporal sea posible; la cercanía y lejanía con quien se encuentra en el baile juegan un tercer involucrado en el encuentro móvil de los dos cuerpos. El danzante entiende el ritmo desde la emotividad. La abundancia de propuestas de arte existentes, así como las infinitas posibilidades de intermediación entre la obra y el público, vuelven necesaria la capacidad artística en el espectador que contempla una obra; de no existir tal cualificación, el vacío entre la obra y quien la observa permanece inescrutable. Asimismo, cuando la ausencia de una adecuada red de promoción prolonga indefinidamente el contacto entre el público y la obra del artista, ésta permanece en silencio y el vacío entre ambos mundos permanece eternamente. Por si fuera poco, la conciencia de la nada que el artista experimenta y la aceptación de su absoluta vacuidad futura, son un motivo adicional para materializar la obra. Por ello, la creación es hija de la soledad.

4. La nada y la ciencia

En el siglo XVII proliferaron algunas coincidencias con la idea estoica consistente en que el cosmos finito está rodeado de un vacío infinito y que, además, los atributos de tal vacío coinciden con los atributos de un vacío circundante en este mismo mundo; es decir, un vacío inmutable, continuo e indivisible, más cercano a la idea de la Nada que a la del vacío físico. De hecho, Da Vinci afirmó que “entre las grandes cosas que se encuentran entre nosotros, la existencia de la Nada es la más grande”¹⁷. En su libro *Óptica*, Isaac Newton acreditó a esa misma nada que está en todas partes al relacionarla con la deidad.

De hecho, afirmó que no debemos considerar el mundo como el cuerpo de Dios o sus diversas partes como las partes de Dios pues Él es un ser uniforme, vacío de órganos, miembros o partes, estando en todas partes presente a las cosas mismas. Como vemos, las ideas de Dios y de la Nada han sido y suelen ser opuestas a la vez que similares. Naturalmente no todos estuvieron de acuerdo con Newton y los neo-estoicos, principalmente aquellos que necesitan de representaciones tangibles y antropomórficas para referirse a la deidad o entenderla.

Por su parte, en el s. XVII, Otto von Guericke entendió la Nada mejor que algunos filósofos. Su valoración es comprensible en la siguiente afirmación:

La Nada contiene todas las cosas, es más preciosa que el oro, sin principio ni fin, más alegre que la percepción de la luz munificente, más noble que la sangre de los reyes, comparable a los cielos, más alta que las estrellas, más poderosa que un relámpago, perfecta y bendita en todo. La Nada siempre inspira. Allí donde nada es, cesa la jurisdicción de todos los reyes. La Nada está exenta de daño [...]. La Nada está fuera del mundo, está en todas partes. Se dice que el vacío es Nada y se dice que el espacio imaginario –y el espacio mismo– es Nada¹⁸.

En el terreno de la ciencia, el referido físico alemán fue pionero de los experimentos con bombas de aire para probar el vacío. Son contundentes sus afirmaciones sobre la existencia del vacío fuera del mundo, en el espacio mismo, lo cual coincide con lo propuesto originalmente por los estoicos.

A su vez, Pascal intentó unir las dos concepciones de la nada que hasta el siglo XVII se habían utilizado: la nada abstracta y la nada física asociada al vacío. Centrado en el debate sobre el vacío físico, Pascal evidenció que la separación entre la ciencia y la fe no resultó tan viable para los detractores del vacío, quienes utilizaron argumentos teológicos para rebatirlo, deseando hacerlo parecer hereje para que detuviera sus afirmaciones. La persecución por motivos intelectuales no fue una novedad en ese tiempo. Pocos años antes del nacimiento de Pascal se había realizado un inoportuno y desleal juicio a Giordano Bruno, quien murió quemado en la hoguera en 1600. Los defensores de la fe se enfrentaron a Pascal, quien fue obligado a deslindarse de las implicaciones teológicas que otros observaron en sus afirmaciones sobre el vacío físico.

Posteriormente, la controversia sobre la existencia del vacío físico tomó un canal experimental. Con la intención de demostrarlo, científicos como “Torricelli, Galileo y Boyle utilizaron bombas para extraer el aire de recipientes de cristal para demostrar la

realidad de la presión y mostrar el peso del aire”¹⁹. Más tarde se ideó la existencia de un éter cósmico que explicaba, supuestamente, la imposibilidad del vacío real. En un artículo, publicado en 1881, Michelson afirmó que la hipótesis de un éter estacionario era errónea²⁰; con ello se eliminó al imaginario éter del plano científico y darle su lugar al vacío de masa y energía. Poco después se descubrió que incluso el vacío supone una energía que impregna el universo. Esto orilló a la admisión de la existencia del vacío, a pesar de la inevitabilidad de la energía en el vacío cuántico. Hasta hace pocos años se afirmó que “debe de haber alguna ley sencilla de la Naturaleza, que todavía no hemos encontrado, que restaure el vacío y haga esta energía del vacío igual a cero”²¹. Aunado a ello, actualmente hay evidencias de que tal energía es la que propicia la expansión del Universo y posiblemente su final.

Luego de elaborar la teoría de la relatividad en 1915, Einstein se dedicó a la tarea de comprender el Universo; apoyado en los estudios del científico alemán, Alexander Friedmann advirtió que no sólo las estrellas y los planetas se mueven, sino que el Universo tiene un movimiento expansivo progresivo y que está lejos de ser estático. La energía que impulsa tal expansión es una energía de vacío; de tal modo, éste es “llenado” por una energía que facilita el movimiento cósmico.

Desde este enfoque, no puede hablarse propiamente de espacios vacíos, sino de “estados vacíos o estados fundamentales”²² que poseen energía. Esto llevó a la elaboración del término “vacío cuántico”, el cual puede entenderse como “un mar de compuestos de todas las partículas elementales y sus anti-partículas que aparecen y desaparecen continuamente [...] a partir del vacío cuántico y luego se aniquilarán mutuamente y desaparecerán”²³. Por tanto, según la ciencia cuántica, el vacío está lejos de estar privado de energía. Sin embargo, la imposibilidad de un vacío absoluto en el mundo físico no implica la negación de la nada, puesto que, si bien puede relacionarse a la nada con el vacío físico, la nada también puede vislumbrarse en el plano de lo ontológico y no sólo al de lo físico. Si el vacío de la física cuántica contiene el mínimo de energía disponible, entonces en él existe la posibilidad del cambio y es ahí donde la noción de la nada, como posibilitadora del cambio, sigue teniendo sentido.

No es forzosa la comprobación científica del vacío físico para la comprensión de la nada ontológica que es contraparte de las concepciones culturales que se han atribuido a la deidad. No es necesaria una postura absolutista que intente afirmar a toda costa la existencia del pleno vacío físico desprovisto de energía, lo cual no puede ser sostenido.

Una de las afirmaciones centrales de la física cuántica, consistente en que el Universo no es continuo, no desmiente la existencia de la nada.

De tal modo, el entrelazamiento cuántico es posible debido a la interacción entre el ser y la nada. Por ello, la teoría de la relatividad y la física cuántica no se contraponen a idea de una nada que *es*. De cualquier modo, en suma, no podemos igualar los conceptos de vacío y de nada. El vacío se ha entendido como la región del espacio que no contiene materia; la nada persiste aun sin el espacio mismo del que requiere el supuesto vacío.

5. La nada y su audición en el silencio

En la música, el vacío es la plataforma en la cual se sostienen los sonidos. Muy significativa es la composición 4'33 de John Cage, en la que los miembros de la orquesta permanecen en silencio mientras transcurren los 273 segundos que componen la pieza; ahí el hueco es latente y al mismo tiempo es una obra en sí misma. Tal como afirma, Claude Debussy, compositor francés, la música es el espacio entre las notas.

En el ámbito del pensamiento requerimos de las palabras para darnos a entender (o para desentendernos) con el otro. Pero las palabras son sólo uno de los medios posibles para explicarnos a nosotros mismos la realidad. El lenguaje es una herramienta necesaria para establecer conexiones conceptuales entre dos o más ideas, ineludiblemente. En lo que respecta a la comprensión de algo más profundo, las palabras pueden ser innecesarias, incluso estorbosas.

Esto hace que ciertas experiencias difícilmente puedan ser compartidas, pues sólo el individuo que las experimenta sabe lo que habría detrás de las palabras distorsionantes. Así, las palabras siguen siendo un modo privilegiado para comunicarnos, a la vez que nos incomunicamos a través de ellas.

En lo que refiere a la palabra específica que facilita la escucha o sirve para escucharse a sí mismo, el hombre cuenta con el término "silencio". Como semejanza en otros rubros se encuentra el espacio estudiado por la física, el color blanco en el mundo visual y el cero en lo que refiere a lo contable; a cada uno de esos aspectos se los puede asociar con la nada. Ahora conviene referirme al silencio como la nada o ausencia de sonidos que posibilita que lo audible sea audible y que cualquier tono escuchable tenga su oyente.

El silencio es la mejor manera en que se nombra lo innombrable, una nada que no tiene nombre y que puede referirse como un espacio no auditivo. Poner cualquier nombre supone la objetivación de lo nombrado, la cosificación de aquello que podemos abarcar al menos con un sonido; pero la nada es inabarcable incluso en lo que respecta a su nombre. De tal modo, debemos reconocer que la nominación de “nada” es también erróneo al convertirla en una manera de llamarla. Se trata de una palabra inadecuada, pero es necesaria para establecer aquello a lo que nos referimos cuando la usamos. De no ser así, sería inconcebible ubicar en qué momento se está hablando de eso que ahora llamamos nada. Por tanto, la nada no es la nada, no es el modo de nombrarla, no tiene nombre, al menos no uno conocido o expresable en las formas humanas; por ende, el silencio, quizás el gran Silencio, ése que es también inconcebible, sea la mejor manera de rendir tributo a *esa* nada a la que intentamos referir.

Cuando se logra “hacer silencio”, adoptamos la actitud de no corromper el silencio con nuestra perturbable voz. El silencio es el modo en el que los místicos encontraban respuestas. Con esto me refiero a la usual expresión de “escuchar a Dios en el silencio”. Muy propio es preguntarse si en ese silencio se escucha a *alguien* o si más bien se percibe la propia voz apesadumbrada en algún rincón de nuestro propio interior. ¿Cómo saber que se escucha a alguien-algo que no somos nosotros? La respuesta podría ser simple: cuando suponemos que lo escuchado en el silencio nos lo ha dicho alguien omnipotente, únicamente mostramos nuestro deseo desesperado de Algo-Alguien mayor. No hay voces en el silencio, hay el silencio mismo, el eco del gran Silencio que habla al no hablar, que se expresa sin voz, que se hace escuchar sin sonido alguno. Posterior al silencio, cuando regresamos de un estado de concentración, terminamos por poner palabras a lo que hemos entendido; sin embargo, en caso de que así suceda, cualquier símbolo será nuestra construcción distorsionante del silencio. El hombre otorga palabras a lo innombrable y con ello logra nombrarlo mal. Sólo se oye el silencio no oyendo y cada individuo tiene una manera particular de no oír.

El silencio ha sido metaforizado como el modo de no expresión de algo; en ese caso, el símbolo no es idéntico al gran Silencio al que aludimos aquí, sino que corresponde a la manera en que se interpreta humanamente el silencio, muchas veces como ausencia de voces que debieran hacerse oír. Por su parte, el gran Silencio está más reconocido en el Oriente y representa un espacio de meditación que no ayuda a escuchar la voluntad de un Gran Parlante, sino a silenciar las voces personales y a adentrarse en el espectro máximo del silencio mismo.

El silencio rodea los sonidos, lo podemos ubicar en el espacio y en nuestro mundo; el silencio prevalece detrás de los sonidos y es lo que queda cuando los sonidos se van. El silencio es el fondo que siempre se encuentra presente, alterado o no considerado, nunca perturbado pero sí velado. El gran Silencio está en el silencio detrás de nuestros ruidos, del mismo modo que la Nada sujeta a la nada que está sobre y debajo del ser, a la vez que se mantiene cuando el ser ya no es. Los sonidos son emitidos por el ser, no por la nada; la nada irradia el silencio que promueve la existencia del sonido, así como en la nada se contiene el ser.

No hay conciencia del hombre si no hay espacios de silencio, de acallamiento. El hombre contemporáneo no sólo debe de entender el valor del silencio, sino encontrar el sentido de representar el silencio consigo mismo como una forma de representar interiormente la absoluta forma de perfección que la nada es. El gran Silencio es el Parlante tras el silencio hecho.

El silencio no sólo nos ayuda para el entendimiento de lo que somos, sino que también ofrece la alternativa de contactar al otro sin distorsionarlo con palabras. Disfrutar el silencio es regocijarse en la posibilidad de todo lo decible aún no dicho, de todo lo que está por manifestarse y que aún no se expresa. Puede contemplarse al otro desde el silencio, pero antes hay que callar las voces sobre el otro; el otro es más que las voces que le dirigimos. Observar a otro en el silencio es permitirle ser sin nombrarlo. Para escuchar el silencio, igual que para contemplar la Nada, antes es necesario liberarse de la cárcel del ser.

Por ello, hemos de romper las cadenas de nuestras percepciones tangibles. Si bien el pensamiento occidental se encuentra cimentado en los hallazgos de la filosofía griega, tan negadora de la nada como enaltecedora del ser, corresponde reiterar, tal como lo han hecho algunos artistas y científicos, el sentido de la consideración de la nada. Quizá sólo así escuchemos el silencio parlante.

Conclusión

La nada ha estado presente en las manifestaciones artísticas, como aquello que no se posee pero se desea expresar o aquello que se vive y se exterioriza a través de una obra. La ciencia ha incursionado históricamente en el ámbito de la nada al tratar de estudiarla como vacío; no obstante, en la actualidad puede abordarse desde diferentes posibilidades vinculadas a la realidad cuántica y a las interesantes vetas de exploración que conciernen al espacio, como los agujeros negros, la materia oscura, la energía oscura o cuestiones

similares. De tal modo, la negación de la nada está realmente lejana de tener sentido, a menos que nuestra expectativa y percepción sean tan pequeñas como para admitirlo así.

Notas

-
- ¹ Barrow, John. *El libro de la nada*. Barcelona: Crítica, 2001, p. 68.
- ² Volpi, Franco. *El nihilismo*. Buenos Aires: Biblos, 2005, p. 16.
- ³ Calvo, Tomás. *Pensar desde la nada*. Madrid: Biblioteca Nueva, 2007, p. 189.
- ⁴ Sófocles. Edipo en Colono, en *Tragedias*. Madrid: Gredos, 2006, p. 447.
- ⁵ Givone, Sergio. *Historia de la nada*. Buenos Aires: Adriana Hidalgo, 1995, p. 64.
- ⁶ Barrow, *op. cit.*, p. 67.
- ⁷ Sambursky, Samuel. *The Physical World of the Greeks*. Londres: Routledge, 1987, p. 108.
- ⁸ Barrow, *op. cit.*, p. 75.
- ⁹ *Ibid.*, p. 68.
- ¹⁰ Givone, *op. cit.*, p. 79.
- ¹¹ Plotino, *Enéadas*. Madrid: Aguilar, 1963, VI, 8, 20.
- ¹² Barrow, *op. cit.*, p. 79.
- ¹³ *Ibid.*, p. 81.
- ¹⁴ *Ibid.*, p. 83.
- ¹⁵ Ribas, Albert. *Biografía del vacío*. Barcelona: Sunya, 2008, p. 9.
- ¹⁶ Dyer citado por Barrow, *op. cit.*, p. 90.
- ¹⁷ Da Vinci citado por MacCurdy, Edward. *The Notebooks of Da Vinci*. Londres: Reprint Society, 1954, p. 61.
- ¹⁸ Barrow, *op. cit.*, p. 63.
- ¹⁹ *Ibid.*, p. 22.
- ²⁰ *Ibid.*, pp. 137-144.
- ²¹ *Ibid.*, p. 23.
- ²² *Ibid.*, p. 212.
- ²³ *Ibid.*, p. 227.